

Introducción

Si de algo podemos estar seguros es de que vivimos en una realidad cambiante, siempre en movimiento y que esa realidad es dual: luz/oscuridad, vida/muerte, bondad/maldad, inhalación/exhalación. Además, la manifestación del movimiento genera la experiencia del tiempo y éste, en combinación con la dualidad, da como resultado la expresión de ciclos. Cada ciclo es similar, aunque distinto del anterior y es esto lo que sostiene y alimenta el mismo cambio.

Hemos pasado del sílex al iPod, de la herramienta de piedra a la digital, pero a pesar del salto que hemos dado, seguimos teniendo que luchar por garantizarnos la supervivencia y esforzarnos por disfrutar de una vida digna. Si esto es progreso, me temo que por el camino nos estamos dejando lo más humano que pudiera estar emergiendo en nosotros.

Lo que veo a mi alrededor me gusta muy poco. Soy muy consciente de encontrarme de paso por este mundo y de que se trata de un tránsito breve. Este camino sólo permite ser recorrido una vez y en una única dirección, por lo que no estoy dispuesto a permanecer indiferente.

Si tuviera que enmarcar los contenidos de este libro en una disciplina del conocimiento, diría que se encuentran dentro del mundo de la psicología social: el análisis del comportamiento de la persona en relación con el medio social en el que ésta se halla inmersa; también es una profunda reflexión sobre el sistema que hemos creado y el modo en que vivimos en Occidente, especialmente en los países que llamamos “desarrollados”.

Creo que, como colectivo, ya hemos superado un punto sin retorno en el cual estamos sufriendo una aceleración que nos precipitará hacia el punto de colapso, o bien, alternativamente, a uno de infinitas posibilidades, de manera que la resolución de todos nuestros problemas se ha reducido a estas dos únicas opciones: continuar así y terminar por autodestruirnos o, definitivamente, descartar por completo nuestra forma de ser y de hacer actuales, para construir y aplicar de inmediato un modelo alternativo.

Esta decisión es responsabilidad de todos y cada uno de nosotros, porque no se puede esperar a que aquellos que dicen gobernarnos y, es un eufemismo, administrarnos, vayan a sacarnos de la caótica situación a la que nos han arrastrado. Seguro que entre ellos hay gente

consciente y preocupada, incluso dispuesta a actuar para enderezar las cosas, pero el problema es que están tan metidos en el sistema que no pueden salir de él. Incluso su perspectiva está ya tan deformada que sus ideas carecen de frescura.

Vivimos envueltos en conceptos huecos, hablamos de "estado de derecho", "democracia", "energías sostenibles", "respeto al medio ambiente", "fuerzas de paz" y tantas otras medias verdades que son arrasadas por hechos inapelables que muestran una realidad muy distinta en la que todos estos conceptos se ven refutados cada día en cualquier noticiario del mundo. Tan habitual se ha vuelto todo esto que ha pasado a constituir una buena parte de lo que consideramos como "normal". Mientras, por el camino, el sentido auténtico de todos esos términos se va perdiendo por completo.

Lo único cierto es que vivimos en una "sociedad de consumo": lo consumimos todo, el planeta, sus recursos, las ideas, las palabras, los sentimientos y, desde luego, a la persona. Hemos llegado al extremo de convertirnos en una pieza al servicio del sistema y no a la inversa, lo que sería natural y deseable. Y así, seguimos inventándonos términos como "el estado del bienestar" mientras la Humanidad vive en un estado de dictadura económica sin precedentes.

En este marco, al individuo sólo le quedan dos opciones: lo fácil, someterse sin más al sistema de desgaste y deshumanización; o bien reaccionar actuando sobre el propio entorno llegando hasta donde cada uno pueda y quiera llegar, implicándose en la tarea de enderezar aquello que a cada cual le toque más de cerca. Este último es el camino difícil.

Si cada individuo asumiera su parte de responsabilidad, por mínima que ésta fuera, eso únicamente sería más que suficiente para que, en un corto espacio de tiempo, se generasen cambios tan sólidos y drásticos como no se han visto antes en toda la Historia. Entonces, ¿cómo es posible que habiendo tanto por hacer pueda haber tanta gente "parada"? Todo parece estar del revés y que nadie se encuentra en su lugar.

No creo en absoluto en las soluciones importadas, de modo que no vale en este juego que alguien venga a decirnos qué hacer (a pesar de que la experiencia de otro siempre sería útil, aunque sólo fuera para ahorrarnos el recorrido a través de todos esos caminos que no llevan a ninguna parte, lo que ya sería bastante).

Las verdaderas soluciones las debe encontrar cada individuo. Por tanto, se trata de soluciones locales y puntuales: lo que es útil para mí, no tiene por qué serte útil a ti, lo que me-

jora a un grupo puede no ser motivo de progreso para otro, y así sucesivamente. Lo que vale para una determinada región, seguramente deba sufrir adaptaciones para servir de utilidad a la población vecina.

Este argumento no debe ser interpretado como contrario al de la globalización, porque se trata de cosas distintas. La globalización es positiva si nos sirve para ser conscientes de que vamos todos subidos en la misma minúscula roca que flota en un vasto espacio imposible de abarcar ni siquiera con la imaginación. Globalización debe ser sinónimo de conectividad, de hermanamiento, de intercambio, de compartir la responsabilidad, de cuidar este mundo que está a nuestro cargo. Y todo ello es bien distinto a igualar, homogeneizar, eliminar identidades, culturas o diversidad.

Entonces, nadie puede darnos una solución; a lo sumo, se nos puede acompañar en el proceso de hallarla. Ésa es la filosofía de este libro: se trata de una búsqueda individual, de un proceso personal de cambio. Acaso este texto nos pueda servir de guía para ser más eficaces en esa búsqueda. Con ese fin se han diseñado las herramientas conceptuales que aquí vas a encontrar. Pero las soluciones deben emerger de cada uno de nosotros y para cada uno de nosotros y ser útiles a nuestro entorno concreto: nadie conoce mejor que tú cuáles son tus necesidades o en qué deberías mejorar tu medio más cercano. Entonces, se nos podrá orientar sobre el *cómo*, pero no sobre el *qué*. Por lo tanto, se trata de una decisión personal, de un proceso de desarrollo y compromiso individual en el que se nos puede acompañar la primera vez, incluso alguna más; pero luego, habrá que animar a cada individuo a que siga su propio camino. No podemos seguir creando dependencias. No podemos seguir pensando que somos más listos que el otro y que lo sabemos todo, porque eso, además de no ser cierto, es una falta de respeto. Hay muchísima potencialidad dormida en cada uno de nosotros y es imperativo despertarla de una vez.

Me resulta imposible llegar a este punto sin hacer mención a la educación, ya que la hemos convertido en un espacio de adoctrinamiento y programación sobre lo que el sistema admite y lo que rechaza. Hemos llenado a los individuos de conceptos carentes de sentido, la mayor parte de ellos inútiles y presentados desde la más fría teoría. El resultado es que el individuo es programado así e inutilizado en gran medida. Esto debería corregirse, incorporando al menos dos cambios profundos: de una parte, el aprendizaje basado en la propia experiencia, en lo vivencial, en una verdadera interacción con los conceptos que hemos seleccionado como relevantes; y de otra, la detección y desarrollo al máximo nivel posible del potencial, de las habilidades naturales de cada individuo desde su misma infancia, alimentando y facilitando el acceso a todos aquellos campos del conocimiento que le resulten de interés y

en los que destaque cada uno. Sólo a partir de ahí, empezaremos a cosechar generaciones de hombres y mujeres geniales en las disciplinas más sorprendentes y, sobre todo, personas capaces de cambiar sus trayectorias vitales y de intereses con la misma naturalidad con la que una persona explora nuevos sabores y estilos culinarios.

Claro que guiar a personas geniales implica contar con líderes excepcionales, de coherencia intachable, que actúen con total transparencia y sobre principios establecidos en la verdad. Afirma Sun Tzu en su escrito, *El Arte de la Guerra* (aprox. 500 a.C.) {1} que "la autoridad es una cuestión de inteligencia, honradez, humanidad, valor y severidad". Desgraciadamente, es mucho más sencillo el liderazgo ejercido desde la doble moral, las medias verdades, la coherencia parcial, la opacidad de criterios y así arrastrar con facilidad a grupos sociales de mayorías adormecidas y mentes planas.

Entonces, dentro del contexto de un falso liderazgo como el descrito, tiene todo el sentido llenar al individuo de contenidos huecos y de teorías desprendidas de la propia experimentación. Si a esto añadimos los cuestionables criterios empleados para elegir los contenidos educativos, nos sobrarán razones para reconocer el daño que se está ocasionando. Cuanto más estrechas son las mentes, más fácil es encontrar la influencia nefasta del dogmatismo, los modelos rígidos y cerrados, resultado de los defensores radicales de la ortodoxia y, en general, autores o partícipes de la programación a la que han sido sometidas generaciones desperdiciadas que nos han llevado hasta este momento imposible.

La mente es una herramienta maravillosa y, sin embargo, el más sutil de los enemigos cuando está llena de prejuicios y creencias que sólo llevan hacia caminos sin salida. Es necesario que comencemos a limpiar nuestro pensamiento y, en consecuencia, nuestras creencias. Nuestro interior también está lleno de polución, en primer lugar "ideacional" y en segundo lugar emocional.

Necesitamos aire fresco pero, ¿sabríamos dónde ir a buscarlo?

Como siempre, las soluciones no se encuentran en los confines de ningún lugar ni tampoco tienen que ser cosas rebuscadas o secretos esotéricos. Todos poseemos una brújula interna que nos marca el camino con precisión milimétrica, y ésa es la conciencia. Ahora bien, a fuerza de no escucharla y de mirar hacia otro lado, esa guía interior acaba por enmudecer.

Todos nosotros llevamos las claves incorporadas, las soluciones laten en nuestro interior. Pero cruzar a la orilla del compromiso, la acción y la coherencia es sólo una opción que

la mayoría de las veces no resulta atractiva o fácil. Porque, ¿cuánto amas la verdad?, ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar en pos de ella? Lo más cómodo y habitual es permanecer en la orilla del conformismo, del aborregamiento y la estupidez, siendo uno más junto con esa mayoría adormilada que vive (si a eso puede llamársele vivir) afirmando "total da igual", "esto no tiene remedio"... El resultado natural será seguir haciéndoles el juego a aquellos a quienes les interesa mantenerse a costa de una sociedad de individuos anestesiados, fácilmente manipulables. Una masa gris y sucia, que ha empezado a ser una carga, pues ha crecido demasiado para los "recursos limitados" con que cuenta este mundo ¿O existen otros recursos que no se nos permite emplear?

Disponemos de una ventana al infinito, pero se trata de una ventana que se abre hacia adentro y no hacia fuera. Nuestras capacidades y sentidos no han sido diseñados solamente para captar esta limitada realidad densa. Así, cuando nos volcamos hacia el interior, la conciencia puede ir modulándose hasta alcanzar una profundidad oceánica. A partir de ese punto, nuestra percepción de las cosas cambia y el tiempo deja de ser lineal, al entrar en un presente continuo, donde la realidad ya no es solamente causa y efecto. Ésa es la mejor forma de mojar nuestros pies en la orilla del infinito, la única llave capaz de abrir la puerta a la verdadera esencia que mora en nosotros. Es el vacío desde el que emerge toda posibilidad, toda respuesta y solución.

En todas las tradiciones más ancestrales y en las pocas culturas que han logrado sobrevivir a nuestra depredación, siempre se ha contado con figuras como el chamán, hombre sabio e iniciado y verdadero símbolo de poder. Todas esas figuras tenían en común el conocimiento y la maestría suficientes para modular su propia conciencia, accediendo mediante esa herramienta a esos estados que abren las puertas a otras perspectivas de la realidad. Sólo desde ahí es posible obtener información, inspiración o una nueva visión sobre los hechos y sus circunstancias, y obtener así las respuestas necesarias para cada nueva situación.

Ninguna otra cultura más que la nuestra, la supuestamente "avanzada", ha estado tan desconectada de sí misma y de su entorno. Volcados en lo material, sustentados en una ciencia que nos dice incluso en lo que podemos y no podemos creer, que dicta lo que es posible y lo que no lo es, hemos logrado olvidar el camino interior, la gran dimensión, la gran alternativa. Estrechamos nuestros horizontes en vez de ensancharlos, nos tapamos los ojos en vez de abrir nuestras miradas. Sencillamente nos hemos lanzado sin rumbo y a la carrera, habiendo perdido hasta el propio centro. Así es imposible llegar a ningún lugar de verdadero bienestar y progreso. Si no sabes dónde estás, ¿cómo puedes decidir a dónde ir?

Quizá es hora de que Occidente haga una cura de humildad y escuche a aquéllos que han callado durante siglos, porque es posible que hasta tengan soluciones que prestarnos y puedan ayudarnos a recuperar el rumbo que hace ya muchas décadas perdimos.

No más palabras. Es hora de sugerir alternativas. Esta es la propuesta concreta de *La Conexión Perdida*, una llamada de atención, un intento por despertar conciencias, una pauta y orientación para replantearse los problemas y mejorar situaciones que merecen ser intervenidas y, por último, una opción de cambio consciente y alternativo.

No es tarea fácil, nadie ha dicho que lo sea. Estamos metidos en un cenagal hasta las rodillas, es posible que incluso no sepamos muy bien cómo hemos llegado hasta allí. Salir de él va a suponer un gran esfuerzo del que además saldremos sucios y malolientes. Así son las cosas: cuando las situaciones se tuercen se sale con esfuerzo y sacrificio, de los que hace falta recuperarse y un tiempo para reconducirse.

Todo comienza y acaba en el individuo, el cambio sólo es una decisión que después hay que mantener y alimentar. Esto es una maratón, no es una carrera de corta distancia. Para obtener resultados vas a tener que ponerte a prueba y, sobre todo, tendrás que vencerte a ti mismo.

Planteo un punto de vista crítico, formulo un gran número de cuestiones sobre el sistema, pero a diferencia de la mayoría de los críticos, apporto una alternativa constructiva. La crítica sin más no requiere de gran sabiduría, pues no busca más que destruir. Por el contrario, son muchos los conocimientos que deben emplearse y combinarse debidamente para construir.

Por encima de todo, *La Conexión Perdida* da testimonio de que las cosas no van por el buen camino, que son muchos los ámbitos que se deberían revisar y que, el mero hecho de planteárselo, sería en sí mismo esperanzador. Lo que esta propuesta implica es que tarde o temprano cada uno deberá tomar una decisión: a favor del cambio y del progreso, o bien, de la negligencia y el desgaste hasta el agotamiento.

Aquí arranca *La Conexión Perdida*, espero que abra puertas, que alimente la esperanza, que ofrezca oportunidades de cambio y desarrollo, primero en lo personal, para luego transmitirse de manera espontánea a pequeños grupos y quizá hasta a grandes organizaciones. Creo que son muchos los que están dispuestos a hacer cosas y yo no les voy a decir qué

hacer, pero ojalá sí pueda inspirarles sobre cómo hacerlas. Aquí se abren caminos que tendrán que ser explorados y desarrollados con el paso del tiempo.

Si algo se ha movido en tu interior, si estas ideas han resonado en ti, o, si al menos has sentido curiosidad, entonces es probable que lo que viene a continuación pueda interesarte.

Comencemos.